

su madre! Decíame mi amante que no era menester, y no me ocurría el menor obstáculo que oponer á los deseos de mi seductor. Partí con él... y empecé á temblar. Un secreto instinto despertó de repente en mi fantasía la idea de que faltaba á mi obligación. Todo el viaje fué para mí una continua lucha de amor y remordimientos... Mi corazón ardia, mi cabeza deliraba... Llegamos á Bilbao, y me alojé en una habitación magnífica, con varios criados á mis órdenes. «No haría esto si no fuesen puras sus intenciones, me decía á mí misma. Tiene razón, nos casaremos, y mi madre y su familia aprobarán nuestro enlace. ¡Qué felices seremos entonces!» Pasó una semana sin que viera yo ningún preparativo para nuestra boda. Lo sentía; pero aun no había perdido mi confianza. Un sentimiento penoso, que era sin duda el presentimiento de mi destino, hacíame ya desdichada á pesar mio. Por último... una noche... ¡qué vergüenza!... Tiemblo al acordarme de lo que pasó.

— ¡Matilde! — exclamó lleno de amargura el bondadoso viejo.



CAPITULO XIV.

EL ARREPENTIMIENTO.

— Un pensamiento horrible, — continuó agitada la joven esposa, — reemplazó en mi corazón á mi candorosa credulidad. Dios sin duda rasgó la venda que me cegaba, y de repente conocí que me hallaba al borde de un abismo sin fondo. Pasé una noche cruel porque amaba mas que nunca á mi seductor. La mañana siguiente paróse muy temprano un coche á la puerta de mi casa. Corrí á recibir á mi amante... ¡No era él!... era otro joven de alguna mas edad; pero tambien muy elegante. «No se asuste usted, señorita» me dijo con amabilidad, «vengo á sacarla de un error que causa la deshonor y hará tambien la infelicidad de usted. El joven con quien piensa usted casarse, no trata mas que de seducirla, pues se va á casar con otra. Tal vez no se acuerda ya de usted; pero si vuelve, crea usted que su intencion es impura. Nada pierde usted en no casarse con un libertino, y si desea usted el amor de un hombre de bien que la haga feliz... este, señorita, no está lejos de usted.» Por las palabras que añadió el recién llegado, conocí en breve, á

pesar de mi inocencia, que era otro seductor. ¡Dios mio! exclamé, y tuve bastante aliento para manifestar la indignación que me causaba la presencia de mi nuevo pretendiente. Se rió de mi entereza y ausentóse prometiéndome otras visitas hasta que llegase á ablandar mi corazón. Esta escena acabó de hacerme conocer mi funesta debilidad, y persuadida de que el jóven que tantos beneficios me habia prodigado, alentaba una siniestra intención, que era un impostor que me habia seducido para labrar mi deshonor y hacerme juguete de un capricho impuro, y que no habia pensado un solo momento en mi dicha, estremecíme de las consecuencias de mi credulidad. Pasé otra noche horrorosa. Temia estar rodeada de los cómplices de mis seductores. Me lancé del lecho, y después de asegurarme si estaba bien cerrada la puerta de mi aposento, caí de rodillas ante una imágen, y su vista tranquilizó mi conciencia, para aun por fortuna. Acabé de pasar la noche orando y acordándome de mi pobre madre. Resuelta el dia siguiente á abandonar aquel asilo, me propuse huir del jóven que me habia hablado de nuestra próxima union... del que me habia prodigado juramentos de cariño..... del que me decia que me amaba con frenesí... é iba á casarse con otra!

La pobre Matilde no pudo continuar.

El llanto ahogó su voz y ocultando el rostro entre sus manos prorumpió en amargos sollozos.

—Matilde—le dijo su viejo esposo con amable dignidad —lloras por un recuerdo..... por un triste recuerdo..... Te perdono ese llanto, hija mia, pero sea el último que consagres á semejante memoria.

—Ahora que todo lo sabes, puedo olvidarlo. Me faltaba tu perdón.

Matilde recibió y besó con respetuoso amor la mano que acababa de tenderle su marido como signo de indulgencia.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Permíteme concluir. Creí volverme loca al recibir tan amargo desengaño. Junté lo que poseia, los pobres vestidos que me dió mi madre y una bolsa donde su ternura habia depositado el fruto de sus ahorros, y poniéndome el mismo traje que llevaba cuando partí de Vitoria, velé mi rostro con la mantilla y me lancé á la calle. Iba errante sin saber qué hacerme, cuando llamó mi atención el letrero de una posada. Entré en ella, pedí un cuarto y me encerré en él para llorar de nuevo. Habia casualmente papel y tintero en una mesa, cogí una pluma y escribí lo siguiente: «No me verá usted mas... he huido de la casa donde queria usted completar mi deshonor. Sé que se casa usted con otra... que he sido víctima de un atroz engaño.... Era yo demasiado pobre para conocer el abuso de las riquezas, demasiado pura para sospechar una mentira... no se envanezca usted, pues, de haber avasallado mi credulidad. Voy á escribir á mi madre, á implorar su perdón, y dentro de pocos dias viviré á su lado, bajo el techo de la modesta morada que jamás debí abandonar. Ella será el albergue de mi amargura; pero no de mi deshonor... Dios me ha salvado!» Tomé las precauciones oportunas para ocultar mi paradero, el dia siguiente escribí á mi madre, y dos dias después emprendí el viaje sola y á pié. ¡Ay! mi arrepentimiento fué tardío! Llegué á mi casa y no ví mas que luto y soledad por todas partes. La carta que yo habia escrito estaba cerrada en una mesa sin que nadie la hubiese leído. Mi madre... habia muerto!... habia muerto sin abrazar á su hija!... sin perdonarla tal vez!... sin que esta hija arrepentida pudiera estrechar contra sus lábios la mano moribunda que habia de darle la

bendicion!..... sin que le fuera ya posible recoger el último aliento maternal!

Al pronunciar estas palabras, habíase arrodillado la jóven esposa, juntó sus manos y las elevó en piadoso ademán, dirigiendo al cielo la siguiente súplica:

— ¡Madre mia!... perdóname; fui una insensata cuando abandoné á la que me tuvo en su seno, á la que me alimentó de su propia sangre, á la que guiaba mis pasos con amor y esperiencia. Yo desoí tu voz... te engañé! ¡Madre querida! tu hija ha sido ya severamente castigada lejos de tí. Ambicionó un porvenir brillante, y solo ha encontrado lágrimas y abandono. ¡Perdóname! Tu hija ha vuelto en busca de tu bendicion, y ha vuelto adolorida, infortunada, desgarrado el corazón por la angustia y las penalidades!... ha vuelto arrepentida á recibir la bendicion de su madre... y su madre no está aquí!... su madre que la hubiera perdonado!... ¡Oh, madre mia! desde el cielo donde moras entre los ángeles, no has olvidado á tu hija, no. ¡Gracias, madre adorada, tú has intercedido en favor mio, y Dios me ha enviado un protector, que ha tendido una mano generosa á la pobre huérfana y la colma de beneficios!...

El anciano acababa de levantarse; su venerable presencia destellaba una espresion divina de calma y de bondad; y tendiendo la palma de su mano sobre la cabeza inclinada de su jóven esposa, dijo con acento solemne y paternal:

— Sí, Matilde, tus lágrimas y tus padecimientos han espiado la primera... la única falta de tu vida.

Levantóla afectuosamente y la recibió en sus brazos.

La afligida jóven quedóse sentada en la rodilla del anciano apoyando sobre su hombro la cabeza.

El banquero enjugaba las lágrimas de su mujer, como el bondadoso padre que consuela á su hija.

Cuando las emociones de los dos esposos se calmaron, Matilde señaló el balcon con el dedo, y dijo:

— Ahora mismo, estando yo sentada allí, he visto á ese jóven y por eso he venido á tu lado, esposo mio... por eso he querido revelarte mi secreto, acabar ante tí la triste confesion de toda mi vida. Ahora que todo lo sabes, yo lo tengo ya olvidado. Si vuelvo á ver á ese jóven no me causará la menor impresion. Estoy segura que ya ni siquiera le reconoceré.

— ¡Niña encantadora! — exclamó el banquero abrazando á su mujer.

— ¡Estoy tan contenta ahora que te lo he dicho todo!...

— Todo no, hija mia — repuso el anciano sonriéndose.

— ¡Cómo!

— Como que no me has dicho el nombre del consabido jóven.

— ¿De veras? ¿No le he nombrado nunca en una relacion tan larga?

— No por cierto.

— Pues se llama...

Abrióse de repente la puerta y un criado anunció al marquesito de Bellaflor.

El banquero exhaló una exclamacion de alegría, y Matilde pudo afortunadamente reprimir un grito de miedo que iba á escaparse de sus labios.